Javier Rosas Sánchez

5. Reflexiones sobre la comunidad universitaria

En el pasado mes de octubre la Universidad Nacional fue emplazada a huelga, una vez más, por el Sindicato de Trabajadores de la UNAM, en demanda de aumentos salariales y mejores condiciones de trabajo para empleados y profesores de la Máxima Casa de Estudios.

Más recientemente, y a propósito de lo cercano del inicio de las sesiones del Congreso de la Unión para discutir las reformas y adiciones al artículo 123 constitucional, se ha puesto a discusión pública el carácter y el tipo de reglamentación laboral que debe regir, al interior de la universidad entre autoridades y trabajadores de la misma.

Nuevamente se organiza la polémica sobre cuestiones fundamentales, sobre las que parecía haber claridad diáfana e indiscutible, tales como: ¿qué es la universidad al interior de una sociedad de clases como la nuestra? ¿Está la universidad al margen de los conflictos y problemáticas de la sociedad? ¿Cómo resuelve la universidad sus conflictos internos?

Tradicionalmente la idea que se manejó sobre el significado de la universidad, al seno de la sociedad y del Estado mexicano, fue siempre en referencia al carácter sublime e inviolable que nuestra Casa de Estudios poseía en relación a cualquier otra institución pública o privada del país. El concepto que mejor expresaba la idea de la pureza ideológica era el de la autonomía universitaria. Así se reconocía, en otros tiempos, como única posibilidad de que la universidad educase a sus pupilos sin vicios de ninguna especie y con criterio objetivo de la realidad, el aislarla de todos los fenómenos externos a ella que pudiesen afectar su función.

Resulta que la universidad adquirió, aparentemente, tanta autonomía ideológica e intelectual, que al mismo tiempo que logró garantizar la inmunidad del conocimiento científico y la enseñanza al margen de toda influencia nociva, generó una supuesta comunidad de intelectuales, ampliamente diferenciada de cualquier organismo social en nuestro país. La autonomía, en este caso, haría referencia no sólo al mundo particular de los intelectuales, sólo accesible a los iniciados en la ciencia, sino también a la necesidad de garantizar la inviolabilidad de los círculos científicos para que siguiesen tra-

bajando al margen de influencias extrañas que afectasen la imparcial objetividad de los universitarios.

Sin embargo en fechas recientes, y a causa de innumerables conflictos suscitados al interior de la Universidad Nacional, entre los más recientes la pasada huelga de trabajadores, es que se ha puesto en entredicho la validez de la concepción tradicional de autonomía universitaria. Y así se ha reconocido que este concepto tiene para muchos grupos sociales un significado distinto al ancestralmente conocido, y que el mismo concepto de universidad también debe ser sometido a revisión crítica.

De esta forma encontraríamos que el concepto universidad no sólo quiere significar universalidad del conocimiento, sino también universalidad de las contradicciones, o en otros términos, la unidad de las diferencias. En esta definición asumiríamos la presencia de conflictos, o de un proceso de lucha constante al interior de la vida intelectual, que permanentemente estaría diferenciando y contradiciendo los avances del conocimiento científico, al igual que la misma labor de los intelectuales y pedagogos universitarios. Esto es, que la idea del mundo estable, resguardado de las contrariedades de mundo, sería la idea más imperfecta para explicar la evolución de la ciencia y el trabajo de los científicos, como consecuencia del desarrollo de las contradicciones sociales al seno del ámbito intelectual. O dicho en otros términos, asumir la universalidad del conocimiento implica pensar siempre en la presencia permanente del mundo no científico en la universidad. Así ésta sería el reflejo más consciente de los conflictos y pugnas sociales, en ocasiones antagónicas e irreconciliables, que viviría nuestra sociedad y nuestro Estado; y no al revés, la sociedad como agente pasivo y subordinado del conocimiento científico y de su élite de pensadores.

En este contexto, la autonomía universitaria representaría la capacidad científica y política que tendrían los universitarios para poder resolver sus contradicciones al interior del ámbito académico. Esto es, la autonomía universitaria no sería la representación de un supramundo libre de contaminaciones ideológicas, ni tampoco significaría extraterritorialidad geográfica, sino capacidad autónoma de los miembros de la universidad para poder generar, por sí mismos, procesos que faciliten la resolución de cualquier conflicto interno.

Si en muchos casos ha sido notorio la ausencia de participación del Estado en el manejo de las funciones propiamente universitarias, o las fuerzas del orden se han abstenido, por lo general, de irrumpir en los recintos escolares, no ha sido porque la universidad sea una entidad política y territorial al margen de la nación o del régimen de gobierno. Ha sido, más bien, a causa del reconocimiento público que existe sobre la universidad en cuanto su capacidad para auto-gobernarse académica y administrativamente y en cuanto a su elevado nivel moral y científico que posee, lo que hace superfluo la inclusión de otras fuerzas no académicas al interior de su régimen interno.

La autonomía universitaria reflejaría entonces todos los conflictos socia-

les del país, a escala reducida, principalmente en sus niveles ideológicos y políticos, pero se diferenciaría del resto de la sociedad en cuanto su capacidad para asumir estas contradicciones sin romper con la unidad del mundo científico.

Aquí el concepto unidad de los científicos se diferenciaría radicalmente del concepto comunidad científica, en cuanto que el primero asumiría la existencia de profundas contradicciones al seno de la universidad y reconocería en la autonomía universitaria el mecanismo para resolver armoniosamente las pugnas al interior de los círculos académicos, evitando el antagonismo que pudiese aniquilar a la universidad como el ámbito de la sociedad destinado a la discusión abierta de diferentes concepciones de la realidad. En cambio, el concepto comunidad universitaria, o *alma mater*, asumiría que los universitarios, por el hecho de ser entes privilegiados en cuanto al conocimiento, formarían un sector bien diferenciado de la sociedad y por ello unitario y armonizable a su interior. O sea, que entre los universitarios no podrían haber diferencias significativas, sino unidad estrecha en cuanto a un objetivo abstracto: el goce de un espíritu científico, reivindicado en cada uno de sus componentes.

El último conflicto de huelga en la Universidad Nacional vino a demostrar la ausencia de un ánimo común para resolver amistosamente las diferencias entre los universitarios. Por el contrario, vino a cuestionar los procedimientos tradicionales empleados para zanjar desacuerdos, al elevar las diferencias ideológicas y políticas entre autoridades y trabajadores a un nivel nunca alcanzado, poniendo en tela de juicio la capacidad de la universidad para mantener la unidad de las diferencias sin tener que recurrir a elementos extraños a ella para resolver sus desacuerdos.

Tal vez lo más sintomático del pasado conflicto universitario es que haya sido una pugna entre dos sectores bien diferenciados que buscaban no tanto dirimir diferencias ideológicas o científicas, sino meramente laborales.

De otro lado, si la presencia de una organización sindical de universitarios se hace aparecer, por una de las partes del conflicto, como ingerencia extraña de la sociedad civil al seno de la universidad, es porque esto pretende devolver a los círculos académicos a su condición de grupos enclaustrados, marginados del desarrollo social y político.

La propuesta que una de las dos partes del conflicto ha hecho a las Cámaras de la Unión, para que las reformas constitucionales del artículo 123 garanticen un apartado exclusivo para la universidad, es un reconocimiento de esta idea que quiere hacer de los centros de enseñanza superior un coto privilegiado de la sociedad.

De otro lado, presuponer también que los miembros de una de las partes del conflicto universitario van a subordinarse a la otra, en aras de la realización de un pretendido espíritu científico que flota en las nubes del Olimpo, y que van a olvidarse de sus realidades concretas históricas, implica desconocer el proceso como se conforma una universidad.

Por lo que toca al concepto comunidad al seno de la universidad, que no es lo mismo que comunidad universitaria, podríamos señalar que efectivamente asumimos la existencia de grupos de distinta índole al interior de los centros de estudio, pero que esto sólo viene a validar la presencia de sectores unitarios, cada uno de ellos diferenciados entre sí, como aquellos que le dan vida y movimiento a la universidad. Pero de ninguna manera asumimos que la universidad esté conformada por un solo grupo, en unidad de pensamiento y acción, ya que la sola suposición de este hecho invalidaría automáticamente la idea de la universalidad o el universo de las diferencias o contradicciones.

De igual manera, la presencia de innumerables diferencias al interior de la universidad y el hecho que uno de los grupos que la conforman intente someter o destruir a los demás grupos disidentes o en desacuerdo, sólo vendría a confirmar la idea de que la Universidad Nacional apenas está por hacerse, ya que ignora el presupuesto fundamental de su existencia: la de dar cabida a su interior a toda diferencia de pensamiento, reflejo de la práctica cotidiana, y al mismo tiempo que promover los desacuerdos, buscar la vía de armonizarlos en una unidad general.